

René Rodríguez Soriano: Una herencia de la vida para la fantasía, las sensaciones y la ficción.

Por TATY HERNÁNDEZ DURAN /Mythos

Trece preguntas navegando el ciberespacio, trece respuestas que traducen el sueño. Trece, que trece son las sombras que no le asombran y sí alumbran las ondinias de su escritura. René Rodríguez Soriano, dominicano de Constanza. Es un cometa que nos lleva en una trayectoria directa al universo de la narrativa y la poesía.

Galardonado con el Premio de Cuentos Casa de Teatro, 1996 (internacionalizado desde el año 2000) y Premio Nacional de Cuentos "José Ramón López", 1997. Ubicado en la generación de los 80's, ya por los 70's caminaba desdibujando sus emociones en las letras y expandiéndose a través del Grupo Literario "Y Punto.." desde donde sentó las bases que le hacen ser figura predominante de la literatura del Caribe Hispano.

Un lunes de un enero cualquiera mientras esperábamos la llegada de la luna, René en la ciudad del sol y yo en la ciudad de la primavera, esa luna que a veces nos reunía en mi balcón, conversamos lo siguiente:

—¿Cómo nace un escritor?

—Cuando era niño, en las mañanas frías, acostumbraba acompañar a Chago o a Chiche a ver los becerritos recentinos tratando de encontrar las abultadas ubres de la berrenda, de la joca y de la pinta. Mamá, vaya alguien a saber por qué, jamás quiso explicarme por qué, al nacer, los becerritos estaban untados de algo así como el almidón que ella sacaba de la yuca. Nunca supe entonces cómo nacían los becerritos, pero sí aprendí a verlos crecer y corretear sobre los yaraguales florecidos, encontrar las ubres y convertirse en fuertes novillos capaces de bañarse en los alambres... Tal vez, los escritores nacen lo mismo.

—¿Por qué escribes?

—¿Por qué respiro? Tal vez porque tengo nervaduras y me encanta la clorofila o porque mis dedos, niños inquietos no saben hacer otra cosa que corretear por los pródigos baldíos de la lengua, tratando de romper las cercas y unir los yaraguales, palmo a palmo. Son mis dedos, ya lo he dicho, los que piensan y escriben, los que manejan a su antojo los recursos del sistema convencional de signos que es la lengua para echar por puerta su pensar en armonioso y franco trote sobre la otrora página en blanco.

—Hablemos de la poesía ¿tienes una definición de ella?

—¿La poesía? ¿La perra infecta, sarnosa, risible y dulce eterna luminosa poesía, de la que habla José Emilio Pacheco? ¿O el mundo aparte, territorio al que no deben penetrar los totalmente indocumentados, los hueros, los desapasionados, los censores, los líricamente desmadrados, de Efraín Huerta? Tal vez pudiera hablarte del poema, oscuro y luminoso instante de la noche. Inédito, insondable. Dulce y amargo, moneda de dos caras. Contradicción y sinsentido. No hablar. Aullar sin ruido. En fin ese desconocido que todos conocemos...

--De tus libros de poesía ¿Con cuál te sientes más identificado? ¿Por qué?

—El que no he escrito aún. Quizá porque nunca lo escriba.

—¿Te sientes influenciado por algún escritor en específico?

—Podría soltar por esta boca un discursito de poca monta tratando de defender lo indefendible o hablando de la pureza de la papa de la sierra que no se mezcló jamás con otra hasta que a alguien se le ocurrió traer, de no se sabe dónde, la papa blanca canadiense menos picante, sosa, pero más grande. O con Guillén hablar de la químicamente pura pura. Mas, en vista de que pudiera extenderme en una larga explicación de aprendiz de sastre, prefiero hablar de alta costura con y sin patrón, como toda la gente.

—¿Por qué escribes cuentos?

—Si tú lo dices, terminaré creyéndolo. Los cuentistas me descalifican por poeta y los poetas, por ser el menos poeta de los poetas desmadrados y malos. Escribo. Sencillamente me dejo seducir por una imagen que me lleva a otra imagen y trato de transmitir sensaciones, quizás historias que carecen de historia y que por carecer de ella generan una intrahistoria que está en la otra orilla. Es como un juego en el que las reglas y preceptos no interfieren con el tránsito de los cuerpos o las cosas de esa otra orilla. Un juego corporal, una realidad que acontece en un universo neutro y sobre todo erótico porque está por encima y del otro lado de todas las leyes de la chata censura policial de la razón. Escribo o nado en los terrenos de la transgresión, más allá de normas y prejuicios, hasta los límites del cuerpo tal vez.

—En torno a tu narrativa se siente que la mujer palpita permanentemente en ella, ¿por qué?

—La mujer o el poema tal vez, el fósforo o la llama. Ese dulce caminar descalzo sobre el afilado filo de un puñal. ¿Por qué? Porque como ya dije hace un momento citando al terror Luis Días, me gusta, como los toros, bañarme en los alambres.

—También he encontrado las figuras de tu padre y de la patria en muchos de tus textos, ¿qué implican esas presencias?

—Son uno mismo y distinto porque la patria padre es la que no ha sido tocada aún por políticos, censores y prestidigitadores de poca monta. De ella, también lo he dicho, que daría la vida por diez lugares suyos, cierta gente (...) varias figuras de su historia, montañas —y tres o cuatro ríos...

—Dime algo de tu experiencia escritural a dúo con Ramón Tejada Holguín.

—En todos los sentidos esa experiencia es y seguirá siendo una hermosa aventura. Es una fiesta irrepetible permanente cada vez, una puerta abierta, una ventana para recorrer la noche inusitada del poema con las riendas sueltas, a toda vela. Este año saldrán en un volumen todos los textos que logramos armar juntos: Pas de deux, pero además te doy la primicia que ya debe estar saliendo otro libro, escrito dentro de ese mismo goce del placer de escribir, esta vez a dúo con Plinio Chahín, Salvo el insomnio.

—¿Es tu escritura un reflejo de lo que vives y percibes?

—Es lo que piensan mis dedos, recuerda que ya dije que no soy quien escribe. Normalmente soy el otro, el que no tiene un manual de fórmulas ni un archivito de citas para responder a diestra y

siniestra. Escribo dentro de un mundo y un ambiente que normalmente me adversa o yo adverso, ya es bastante.

--¿Cuándo decidiste radicarte en Miami?

--Una mañana de agosto que hacía sol y las bocinas vomitaban cientos y cientos de mentiras y el aire enrarecido ya andaba hediendo a promesas electorales o a falsas promesas que es lo mismo.

--¿Tenías planes concretos respecto a tu oficio de escritor cuándo partiste?

--Siempre los he tenido, van conmigo desde aquel día que con el loco de mi pueblo quise darle la vuelta al mundo en una yagua que encalló a la primera vuelta del Pantuflas.

--¿Podrías dejarnos algunas observaciones en cuánto al oficio de escritor?

--Suená interesante. Me has hecho trece preguntas, mis libros normalmente han venido conformados por trece textos. Si te fijas: Todos los juegos el juego, Su nombre, Julia, La radio y otros boleros, El diablo sabe por diablo y Tizne de nubes, podrás notar que en cada uno de ellos hay trece textos que intentan romper el conjuro de la mala suerte o no son nada porque, en nuestra cultura, la mar de las veces, ese número no existe en los grandes edificios ni en las torres. Así que trataré de emplearme a fondo para, tal vez, decir o no decir nada. El de escritor, no el de simple escribano o bufón de corte que escribe o transita por las letras con el objetivo de ganar un puesto en el congreso, en la fiscalía o algo de nombradía en los salones oficiales, es un oficio tan digno como el del zapatero que deja las uñas, los ojos y el corazón en cada par de zapatos que concibe.